
La perfecta casada — Héroe y antihéroe en la visión cristiana de Fray Luis de León

La perfecta casada – A Christian Perspective of the Hero and Antihero Model in Fray Luis de León

AMELIA SANDU-ANDRIEȘ

Universitatea „Alexandru Ioan Cuza”, Iași

The Spanish Renaissance period cannot be understood without the contribution of Fray Luis de León. He was a theologian, a translator and a poet of unique personality, the creator of a diversity of works, marked by classical models, by Italian influences and by Christian humanist ideas. A tireless supporter of the Castilian language, he was constantly preoccupied by the problems of his time and confident in man's ability to become better through education. He writes biblical comments that are easily understood by everyone and mostly clear, persuasive, didactic literature. *La perfecta casada* follows the same pattern; it's a guide meant to help young wives reach the path of perfection, a way of increasing their awareness regarding matters, such as the personal and social responsibility of the part they play, as wives, in society. A hero is someone who fulfills his duties, in an attempt to honor, with his attitude and his entire life, the divine harmony. The antihero is someone who grows apart from the ultimate Christian model, Jesus, finding instead more similarities with the animal side of oneself. Ignorance is considered to be the ultimate evil. The author wishes to make this evil vanish by making sure his readers have a handy guide meant to teach, explain, scold and encourage those who embark on the laborious journey of inner perfection.

Keywords: Spanish Renaissance; didactic literature; Christian humanism; inner perfection; hero; antihero.

El lector actual que se acerca al severo manual del fraile salmantino tiene varias opciones. La primera sería asomarse al libro para concluir apresurado que el contenido resulta intolerablemente misógino; la segunda, leer los capítulos completos, pero por encima y sin profundizar, como paso obligado de su cultura general; la tercera, adentrarse sin prejuicios en el fluir de las páginas, intentando comprender la época, al autor, al destinatario.

Juzgar un producto del siglo XVI con los criterios del siglo XXI es tan incoherente como injusto, sobre todo cuando la percepción social sobre el tema está sujeta a variaciones, debido a los paradigmas imperantes en cada época. Por eso, nos acercaremos, aunque fuera a vista de pájaro, al contexto general en que aparece la obra de Fray Luis de León.

El autor (1527-1591), en cuyo recorrido vital no insistiremos, por ser harto conocido, fue “hombre de grande ingenio y de sumo juicio, muy docto en las lenguas castellana, latina, griega y hebrea, como lo manifiestan sus escritos. Asimismo fue buen poeta latino y, entre los castellanos, el de espíritu más sublime; insigne erudito y muy sabio teólogo” (Mayans y Siscar, 1855: I).

Fraile agustino sobradamente preparado, profesor de la Universidad de Salamanca en la cátedra Santo Tomás de Aquino, luego en la de Sagrada Escritura, popular entre sus estudiantes,

temido por su pluma y oratoria, Fray Luis protagoniza uno de los episodios más famosos de la historia de la Inquisición, en cuanto a la persecución del pensamiento no-doctrinal se refiere. En el hervor de ideas que marcan la época, en medio de las rencillas universitarias que se prodigan agustinos y dominicos en la ciudad salmantina, una persona de tanto mérito y tales dones intelectuales no podía quedar al abrigo de las polémicas. En 1572, el maestro se ve delatado ante el Tribunal, siendo acusado por haber traducido al castellano y, además, comentado en la misma lengua, el *Cantar de los Cantares* de Salomón. En el contexto histórico dado, verter a una lengua vulgar las enseñanzas de la Biblia estaba terminantemente prohibido y constituía infracción. El episodio de la delación, seguido por el de la cárcel resulta ser el fruto amargo de la envidia y mentira de sus rivales académicos, que lo tienen encerrado durante cuatro años. Una vez absuelto, vuelve a ejercer su cargo universitario, escribir y, sobre todo, curar.

El Renacimiento tardío español no se puede entender sin la figura de Fray Luis de León. Teólogo, poeta y traductor reconocido, es creador de una obra diversa, en donde aúna modelos clásicos, influencias literarias italianizantes e ideas del humanismo cristiano. Incansable promotor de la lengua castellana, anclado en la problemática moral y social de su tiempo y confiado en la capacidad del ser humano de mejorar a través de la educación, da prioridad a los escritos didácticos destinados a un público culto, pero ya no exclusivo. Desde su perspectiva, la ignorancia es el mal mayor de la sociedad. Se esfuerza por combatirlo con la pesada fuerza de sus argumentos, poniendo a disposición de sus lectores instrumentos encaminados a instruir, sin menoscabo en la perfección y complejidad discursiva.

Su obra, producto de su experiencia vital, constituye un alegato a favor de la Verdad, tal como la entiende él, una búsqueda de la belleza en todos los aspectos de la existencia. El concepto de armonía —reminiscencia estoica de su educación clásica—, es esencial en su visión del mundo, ya se aplique a las vivencias espirituales (las que ennoblecen al ser humano, lo purifican de sus bajezas e imperfecciones), ya se aplique a lo cotidiano, que el pensador pretende elevar y transfigurar. Escribir es, para Fray Luis de León, una exigencia profesional (es catedrático de una Universidad emblemática), al mismo tiempo que una responsabilidad social y una necesidad personal. Estas tres facetas interiores de su personalidad se reflejan en otras tantas vertientes literarias: estudios de teología y exégesis bíblica (*De los nombres de Cristo*; *Traducción literal y declaración del libro de los cantares de Salomón*; *Exposición del Libro de Job*; *Cantar de los Cantares. Interpretaciones: literal, espiritual, profética*), obras didáctico-espirituales (*La perfecta casada*), creaciones intimistas (*Obras poéticas, divididas en tres libros*).

La perfecta casada se publica en 1583 y pretende ofrecer una guía espiritual eficaz en el camino, tan íntimo y resbaladizo, de la vida matrimonial. Estamos en tiempos de la Contrarreforma, en una España cerrada al exterior, peligrosamente expuesta al avance del protestantismo, lo que justifica la necesidad de este tipo de escritos: de ahí su frecuencia. *Instrucción de la mujer cristiana / Los deberes del marido* (Juan Luis Vives, 1523, 1528), *Alfabeto cristiano* (Juan de Valdés, 1545) *Ejercicios espirituales* (Ignacio de Loyola, 1548), *Coloquios matrimoniales* (Pedro de Luján, 1552), *Guía del cielo* (Pablo de León, 1553), *Guía de pecadores* (Fray Luis de Granada, 1556), *Avisos y reglas cristianas* (Juan de Ávila, 1556), *Epistolario cristiano* (Alonso de Orozco, 1567) —representan otros tantos instrumentos prácticos de orientación en los diferentes aspectos de la vida espiritual, imposible de separar de la vida cotidiana.

Si este tipo de manuales de índole tropológica son tan frecuentes, podemos deducir que la sociedad se había ido apartando del camino recto, que las costumbres iban decayendo y hacían imprescindible la aparición de guías rectificadoras, de forma que el cristiano de la época —imagen de Dios—, pese a su envejecimiento, recuperase la pureza de su origen. Se trata de una literatura inspiradora de modelos de vida, que surge ocasionalmente, fruto de estados y acontecimientos concretos, una literatura no especulativa, que tiene un carácter eminentemente práctico, de utilidad inmediata y que se dirige a unos destinatarios concretos, con el objeto de reforzar su fe, mantenerlos alejados del pecado, lograr la obediencia hacia la jerarquía eclesiástica o familiar, el conocimiento y respeto de la palabra de Dios. Para transmitir la verdad de la manera más directa,

para crear más confianza con el destinatario, este tipo de literatura utiliza un lenguaje simple, cercano, casi como en las epístolas personales, de modo que los aspectos pastorales quedan relegados a un segundo plano.

Esta literatura didáctica refleja, sin lugar a dudas, las aspiraciones y los intereses de una determinada categoría social o, al menos, profesional y no se dirige de forma específica a un público-meta femenino (en gran medida incapacitado para la lectura de los libros o en la imposibilidad de procurárselos, por el alto precio de los mismos), sino más bien a los formadores de mujeres: padres o confesores. La idea motora es que el ser humano puede mejorar a través de la instrucción. No sorprende, por tanto, que los pensadores humanistas (y Fray Luis es uno de ellos) dediquen parte de sus esfuerzos a la educación, incluida la de las mujeres, iniciando de este modo un cambio en las estancadas mentalidades medievales. La mujer se va incorporando al mundo de las ciencias y las letras.

Ya desde la Edad Media, los cimientos de Europa se venían transformando y ya no se podía ignorar el papel que las mujeres desempeñaban en la sociedad y la política. Si nos limitamos al ámbito ibérico, el nombre de Isabel la Católica resuena con fuerza. Durante su reinado autoritario (1474-1504), Castilla llega a su máximo esplendor: vence al último reino nazarí, descubre nuevos mundos, unifica territorios, impone su lengua, crea instituciones de control que habrán de perdurar por siglos. La Inquisición (1478-1834) es obra suya. Fray Luis vivirá en carne propia la dureza de los procedimientos de intervención de este Tribunal, permaneciendo durante cuatro años, como sabemos, en sus cárceles de Valladolid. También en el ámbito ibérico, otra mujer fuerte, que abre caminos y deja huellas (esta vez, positivas, en nuestro autor) es Santa Teresa de Ávila, renovadora del catolicismo y escritora mística con una voz única. Fray Luis, quien participa en 1588 de la primera edición de sus obras completas, destaca su personalidad con las siguientes palabras:

Que sí es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias, y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola, haya reducido a perfección una Orden en mujeres, y hombres. Y otro la grande perfección a que lo redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque, no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe san Pablo, luego se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia, y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones, que trataba para hacerlos de Dios, y llenase las gentes en pos de sí, a todo lo que aborrece el sentido. (1851)

Perdura, pese a todo, la creencia de que la mujer es un ser inferior, temible, imperfecto y que instruirle tiene como único objetivo hacerla digna del varón y afianzar sus balbuceantes virtudes. Pero está claro que la mujer, en sus múltiples roles sociales, no puede dejar de interesar a los humanistas. Fray Luis de León le dedica uno de sus escritos más conocidos, redactado y publicado primero en romance y traducido posteriormente al latín.

La perfecta casada se inicia con una dedicatoria a Doña María Varela Osorio, prima del autor, dama que se acaba de casar y que necesita de buenos avisos para servir al marido, gobernar a la familia y criar a los hijos —los tres pilares de la vida matrimonial imposibles de cumplir sin particular favor del cielo. Estos buenos avisos se ofrece el autor a prodigarle con la generosidad del buen cristiano, la experiencia del sabio ya entrado en años y, sobre todo, con la autoridad que le otorga su conocimiento de los libros sagrados, base y punto de partida del viaje iniciático. Dar a conocer las enseñanzas de las Escrituras representa un hondo deber moral para el teólogo salmantino, quien invoca para ello el principio de democracia del Libro.

Notoria cosa es que las Escrituras que llamamos Sagradas las inspiró Dios a los prophetas que las escribieron para que nos fuessen en los trabajos desta vida

consuelo, y en las tinieblas y errores della, clara y fiel luz; y para que las llagas que hacen en nuestras almas la pasión y el peccado, allí, como en officina general, tuviésemos para cada una proprio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifiesto que pretendió que el uso dellas fuesse común a todos, y assí, quanto es de su parte, lo hizo, porque las compuso con palabras llaníssimas y en lengua que era vulgar a aquellos a quien las dio primero. (1980: 140)

Para los cristianos, el arquetipo de perfección es la figura de Jesús, un modelo por seguir en todos los grados. La elocuencia cristiana pretende acercar a los creyentes a dicho modelo, fustigar indirecta pero eficazmente la decadencia de las costumbres mediante arquitecturas discursivas elegantes, persuasivas, elaboradas en lengua vernácula con el objeto de llegar al mayor número de lectores siguiendo, sin embargo, la estructura interna de la prosa clásica (a nivel formal, se cuida especialmente el ritmo, el equilibrio de los componentes dentro de la frase, la pulcritud de las palabras, escogidas en función de su fuerza evocadora o su capacidad de crear nuevos significados, la distribución de los acentos; en resumen todos los elementos del *ornato*, en un juego casi matemático que refleja la idea clásica del *splendor ordinis*) (San José Lera, 1991: 14-16). En su esfuerzo de ennoblecer la lengua castellana, Fray Luis de León muestra un cuidado extremo: "... porque no hablo desatadamente y sin orden y porque pongo en las palabras concierto y las escojo y les doy su lugar", tal como reconoce y escribe él en *De los nombres de Cristo, Dedicatoria*, Libro III.

En este contexto renovador de la lengua castellana, *La perfecta casada* presenta en espejo el retrato ideal de la mujer virtuosa, imagen viva de la divinidad, en contraste con la mujer perdida, que no logra resistir las tentaciones del mundo. Se trata, al fin y al cabo, de la eterna lucha entre el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, la Verdad y la Mentira, la Belleza y la Fealdad, el Alma y el Cuerpo, la Unidad y la División, el Héroe y el Antihéroe. La incesante lucha entre Dios y el Diablo.

El camino por emprender se compara con una larga navegación, con la imagen de un peregrino que se dirige a lugares extraños. Arriesgada empresa, llena de sobresaltos, yerros y falsos pasos. El peligro acecha por doquier. La mujer debe conocerse y conocer su entorno si pretende salir limpia de conciencia de la lucha cotidiana contra el pecado. Su vida entera ha de centrarse en huir el mal, la tentación. De lograrlo, sería una buena madre, una perfecta casada y, máximo calificativo, *una mujer varonil*. Aun así, no dejaría de ser un discreto, minúsculo héroe casero. No le es dado abandonar su naturaleza telúrica para aspirar al estatus de Héroe con mayúscula: ni será inmortal en los mitos, ni guerrera en los cantares de gesta, ni siquiera una excelsa ciudadana salvadora de la patria. El premio y galardón de su perfección serán las bendiciones, alabanzas y loas que reciba. En vida, lo suyo es el mundo de la casa. Ahí es donde puede y debe brillar, para acrecentar el honor y buen renombre del marido. En esta dirección se construye la cuidada argumentación de nuestro autor.

Los capítulos del libro, de extensión variable, se organizan en torno a la parte final de los *Proverbios*, cuyo comentario constituyen y que el autor toma como punto de partida y testigo privilegiado de sus argumentos. El peso que sus razones cobran (a raíz de su procedencia misma) es enorme: resulta difícil rebatirlas justamente por apoyarse en los textos bíblicos, que Fray Luis de León conoce y comenta con sobrada versatilidad y arte. La argumentación —lógica, segura, progresiva, a veces fría, otras veces apasionada— se construye a partir de los versículos bíblicos (que hacen de *motto* de los capítulos) y se parece más al alegato de un experto abogado que no a la exposición de un predicador. El autor parte de la idea que llegar a ser una perfecta casada es, como cualquier otro oficio, algo que se aprende, se razona y se practica gracias al conocimiento teórico y la observación cotidiana del comportamiento propio y ajeno.

Porque, como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él son necesarias dos cosas: la una, el saber lo que es y las condiciones que tiene y aquello en que principalmente consiste; y la otra, el tenerle verdadera afición; así, en esto que vamos tratando, primero que hablemos con el entendimiento y le

descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos la voluntad a que ame el saberlas y que, sabidas, se quiera aplicar a ellas. (1980)

Fray Luis de León no es la única voz en la época que aspira a la perfección. El tema aparece en el título del libro de Santa Teresa de Jesús: *Camino de perfección*, dedicado a las religiosas del convento de San José. La Santa se refiere a menudo a las obligaciones de las mujeres. La perspectiva, como es obvio, cambia, y los consejos van en la dirección de formar a la buena religiosa, de mejorar los saberes relacionados con la contemplación, las técnicas para lograr una buena oración mental, de recogimiento o de quietud, entre otras. Tratándose como se trata de aspectos tan difícilmente narrables, la Santa recurre con frecuencia a referencias a la vida laica, entendidas por todo tipo de lectores. La relación de las religiosas con Jesús es comparable a la de la esposa con su marido:

Así como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujeción os habéis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras: que él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar él a vuestra voluntad. [...] Miraros ha él con unos ojos tan hermosos, y pidosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mío! [...] ¿tan necesitado estáis, Señor mío, y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante, que os habéis consolado conmigo? (1851)

En Fray Luis, la heroica virtud de la mujer, su perfección, consiste en cumplir con sus obligaciones personales, mejorando de este modo no solamente su vida y la de su entorno familiar inmediato, sino también la de su comunidad, constituyendo un modelo por admirar, alabar y seguir. Ocuparse de otra cosa que no fuera su deber específico significa ignorar su misión, desconocer su verdadera responsabilidad. El tema de la gracia divina (conexión directa, en lo teológico, con San Agustín, modelo inspirador para Fray Luis), absolutamente necesaria para la perfección interior, se ve doblado por el tema de la libertad, que facilita las buenas obras, enaltece al ser humano, lo hace responsable de sus propios actos, otorgándole capacidad de elegir libremente entre el Bien y el Mal, entre ser Héroe o decaer a la condición humana más baja.

Partiendo de la realidad cotidiana, la argumentación emprendida por Fray Luis tiene, como vemos, un trasfondo espiritual profundo y cubre más que una necesidad de moral social. Consiste en hacer entender a la mujer casada que no protagoniza una efímera e insignificante unión carnal y que su esposo no es un simple hombre, sino la imagen viva del Esposo celestial. Por otra parte, la mujer representa, simbólicamente, a la Iglesia misma: tomar conciencia de ello la lleva a asumir libremente la responsabilidad de una vida pura. Ser sólo buena resulta insuficiente. Se le exige ser perfecta. La dedicación de la mujer ha de superar el mero esfuerzo de atender las necesidades inmediatas de la casa. La mujer de valor se esmerará en hacer brillar sus virtudes más delicadas, con el objeto de imitar en la tierra el ideal de unión divina. La armonía familiar es, a pequeña escala, un reflejo de la armonía del mundo.

El *puzzle* de la perfección se va ensamblando desde el primer verso —una pregunta que inicia retóricamente la búsqueda (*¿Quién hallará mujer de valor? Raro y extremado es su precio*)— hasta el último, con sabor a victoria (*Dadle del fruto de sus manos y léenla en las puertas sus obras*). La fugacidad de la vida, tema clásico por antonomasia, aparece en la obra luisiana revestido con el sentido de urgencia: no hay tiempo para experimentar errores. Lo único que permanece de la vida y trabajos de una mujer son los frutos de su virtud, las loas en casa propia y ajena, la fama y la buena memoria. Si en la literatura profana, el tópico del *carpe diem* y del *fugit irreparabile tempus* afecta al cuerpo, únicamente, y constituye un impulso desesperado para aprovechar la plenitud de la vida mientras

uno es joven, en la literatura espiritual el acento recae sobre la urgencia de cultivar y pulir las virtudes, mientras no sea demasiado tarde. El cuerpo es mortal, indigno, frágil, esclavo de los deseos, sometido a la enfermedad y la vejez. El espíritu, en cambio, es inmortal, noble, capaz de navegar en mares tumultuosos, de sobreponerse a los reveses de la fortuna, de construir castillos interiores de paz y puertos de quietud.

En su dualismo (cuerpo/espíritu), la mujer perfecta tiende a asemejarse a la Virgen, arquetipo de pureza, discreción, modestia, piedad, obediencia, honestidad, dulzura, dedicación y sacrificio. El antihéroe, encarnado por la mala mujer —imagen del infierno—, ama en exceso los afeites, es enemiga de despertarse temprano, visitadora y amiga de las fiestas, incansable conversadora e inventora de chismes, entrometedora, alcahueta ponzoñosa, productora de discordias mortales, es pecado y tentación, fruta podrida que contagia a la sana. Las comparaciones con el mundo animal son sugerentes. El ser humano se transforma en un elemento repugnante: “tratar con la mala es como tratar con escorpiones”; “la aspereza hízose para el linaje de los leones o de los tigres”; las que se aderezan demasiado por fuera son igual a “gato o cocodrilo o alguna serpiente de las de la tierra u otro animal semejante, no digno de templo sino dignísimo de cueva o de escondrijo o de cieno”; la que se da al afeite, insiste el autor, es “verdadera fiera, mona con albayalde afeitada, o sierpe engañosa que, tragando lo que es de razón en el hombre [...] tiene el alma por cueva”; “es dragón alcahuete”. En cambio, las comparaciones que el autor elige para hablar de la buena evocan el mundo mineral, ensalzan lo duradero, lo valioso, lo brillante: “luna llena”, “joya de valor”, “tesoro de inmortales bienes”, “perla oriental”, “diamante finísimo”, “esmeralda”, “piedra preciosa”, “tesoro abreviado”. Su extrema escasez e inaccesibilidad, su incorruptibilidad hacen que dichos elementos tengan aún más valor, igual que la mujer virtuosa.

Consciente de que cada uno es hijo de sus obras, Fray Luis pone a disposición de los lectores un libro-guía capaz de instruir, explicar, reprender, vivificar, infundir valor a los que emprenden el difícil camino de la perfección interior. Héroe es quien cumple libremente con su deber personal, en el intento de recrear en su vida la armonía divina. Antihéroe es quien se aleja del modelo cristiano supremo (Jesús, Virgen María) y decae, por sus yerros igualmente asumidos, al reino animal más repugnante. En lo negativo, particular vapuleo le merecen al autor la ramera, la alcahueta y la mujer que se encubre con afeites (Capítulo XII: “De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme a lo que piden la honestidad y la razón. Aféase el uso de los afeites y condénanse las galas y atavíos, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino también con dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia y autoridades de las Sagradas Escrituras”), a las cuales dedica palabras extremadamente duras. En lo positivo, la palma se la lleva la figura de la madre (Capítulo XVII: “De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre de criar por sí a los hijos”), por su responsabilidad en la crianza y educación de los hijos, quienes seguirán en todo el modelo ofrecido en casa.

Es este un libro que, al ir en busca de la sublime perfección, habla de los pecados capitales, aquellos a los que la naturaleza humana está principalmente inclinada, según Tomás de Aquino. La soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza encuentran su sitio a lo largo de la obra, en una estética de lo grotesco *avant la lettre*. Al insistir sobre la imagen de la decadencia, el autor (maestro en figuras y procedimientos retóricos) pretende aumentar el efecto producido por la virtud. El héroe cristiano, en su variante femenina, cobra su auténtica dimensión de modelo al contrastarse con el antihéroe, visto como un ser caótico, corrompido y corrompedor.

Las comparaciones abruptas, las enumeraciones con abundancia de polisíndeton, el ritmo acelerado, el tono mordaz que se percibe detrás de las frases, cuando se habla de los males producidos por estos vicios, pretenden impresionar la razón sensible, por lo feo y monstruoso de los elementos. A las mujeres destempladas en el gasto las retrata de la siguiente forma: “[...] si comienzan a destemplarse, se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta, y como una carcoma, que de continuo roe, y como una llama encubierta, que se enciende sin sentir por la casa y por la hacienda, hasta que la consume. Porque no es gasto de un día el

suyo, sino de cada día; ni costa que se hace una vez en la vida, sino que dura toda ella; ni son, como dicen, muchos pocos, sino muchos y muchos” (Cap. III: *Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho de su marido y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora*). A las que, por parecer lo que no son, se llenan la cara de afeites, las advierte: “Merecedoras, no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las freces del cocodrilo, y se untan con la espuma de la hediondez, y que para las abeñolas hacen hollín y albayalde para embarnizar las mejillas” (Cap XII). En cuanto al peligro de las alcahuetas, el autor llama a recato y permanente alerta: “[...] porque, debajo de nombre de pobreza y cubriéndose con piedad, a las veces, entran en las casas algunas personas arrugadas y canas, que roban la vida y entiznan la honra, y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan pareciendo que los lamen y halagan” (Cap. X: *Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver a quién admite en su casa y favorece*).

Si la crítica de los pecados capitales resulta mortalmente cruel, la alabanza de la virtud encuentra las palabras más luminosas, los sonidos más suaves, los ecos más duraderos: “Los vecinos dicen esto a los ajenos, y los padres dan doctrina con ella a los hijos; y de los hijos pasa a los nietos y extiéndose la fama por todas partes creciendo; y pasa con clara y eternal voz su memoria de unas generaciones en otras, y no le hacen injuria los años, ni con el tiempo envejece, antes con los días florece más, porque tiene su raíz junto a las aguas” (Cap. XX: *Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no solo en la otra vida, sino aun en esta vida*). Fray Luis habla de la esperanza y la siembra en el corazón de su libro. El último capítulo se convierte en pura luz.

La perfecta casada es un cuadro realista, un examen y juicio de la sociedad del momento (en donde abunda lo malo), al mismo tiempo que un homenaje discreto a la imagen de la Madre y Esposa, vista como motor de regeneración de la misma sociedad. Fray Luis sabe que nadie aprende con las palabras y enseñanzas de otros, sino con la reflexión y el propio esfuerzo interior, pasando por varias etapas: desde *nescire, ignorare, credere, intelligere*, llegando al deseado *scire*. Al fin y al cabo, se trata de *saber ser*, de *saber estar* en el mundo. El teólogo, poeta y traductor salmantino reflexiona sobre temas encaminados a educar al perfecto cristiano y, por extensión, al ser humano perfecto. El resultado es una obra original, variada en cuanto a géneros, rica a nivel de contenidos y que refleja la preocupación del autor no sólo por las inquietudes intelectuales candentes en una época marcada por las imposiciones de la Inquisición, sino también por los problemas cotidianos inmediatos de la comunidad.

En el autor descubrimos un pensador profundo, de una entereza de carácter y de principios única y que constituye en sí mismo un modelo humano por conocer. Su vida oscila entre la necesidad de espiritualizar el mundo y la necesidad de retirarse del mundo, hacia la paz interior. Su obra refleja de cerca un temperamento inquieto, curioso, una mente nutrida al estudio de los clásicos, permeable a las formas modernas, atenta a las ideas del humanismo cristiano, sensible a la mejora del prójimo, en quien desea ver reflejada la perfección divina, como en un universo en miniatura.

En su deseo de llegar a los lectores, destinatarios privilegiados de sus reflexiones, Fray Luis de León elige escribir en lengua vernácula, rompiendo con la servitud del latín escolástico. La declaración de amor más sincera a una lengua la encontramos, quizás, en la *Dedicatoria a Don Pedro Portocarrero*, que encabeza las *Obras poéticas* de nuestro autor. Aquí es donde, en un intento de justificación *pro domo*, (no olvidemos que Fray Luis se ve sometido a constantes ataques por parte de sus adversarios) defiende la riqueza y las posibilidades expresivas del castellano —maduro ya para el relevo del latín:

De lo que yo compuse, juzgará cada uno a su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer y así lo confieso. Y

el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo más; al cual yo me incliné solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es ni dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundantes para los que la saben tratar. (1855: 2)

Para el fraile salmantino, la lengua castellana es una patria que ama, sirve y defiende con las únicas armas de que dispone: las palabras. El autor las mide cuidadosamente, las mima, las adorna, les da nuevos significados, las limpia y las adereza y las echa a volar, por el bien de la comunidad en que le tocó vivir.

BIBLIOGRAFÍA:

LEÓN, Luis de, *De los nombres de Cristo*, Madrid: Editorial Cátedra, 1980.

LEÓN, Luis de, “Carta del maestro Fray Luis de León”, in *Obras de Santa Teresa de Jesús*, Tomo I, Madrid, Imp. Lit. de D. Nicolás de Castro Palomino, 1851, edición digital en <www.cervantesvirtual.com>.

LEÓN, Luis de, *La perfecta casada*, Madrid: M. E. Editores, 1996.

LEÓN, Luis de, “Del Maestro Fray Luis de León a Doña María Varela Osorio”, in *La perfecta casada*, Madrid: Espasa Calpe, 1980.

LEÓN, Luis de, *Obras poéticas, divididas en tres libros*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1855, edición digital en <www.cervantesvirtual.com>.

MAYANS Y SISCAR, Gregorio, *Vida y juicio crítico del maestro Fray Luis de León, basado en Escritores del Siglo XVI. Tomo segundo. Obras del maestro Fray Luis de León*, pp. I-XVI, Madrid: M. Rivadeneyra, 1855, edición digital en <www.cervantesvirtual.com>.

SAN JOSÉ LERA, Javier, “Exégesis y filología en fray Luis de León”, in *Ínsula*, núm. 539 (noviembre 1991), pp. 14-16, edición digital en <www.cervantesvirtual.com>.

TERESA DE JESÚS, Santa, *Camino de perfección*, in *Obras de Santa Teresa de Jesús*, Tomo I, Madrid: Imp. Lit. de D. Nicolás de Castro Palomino, 1851, edición digital en <www.cervantesvirtual.com>.